

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

VUM. 238

MADRID 5 DE SETIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



COSTUMBRE.

DOS HORAS EN EL RETIRO.

«Los pueblos, y los reyes (dice Victor Hugo) escriben en piedra la historia de su civilización, y consignan los adelantos de su época.» Carlos III la dejó sin duda impresa en los magníficos caminos de Sierra Morena, en los suntuosos edificios de Madrid. La época á que nos referimos (Fernando VII) quedó escrita en el Retiro, en techos de caña pintada, en torrecillas de cascabelles, en piedra y corales imitados, en gabinetes de talco, y en una casa de fieras.

EL CURIOSO PARLANTE.

—¿Antonio?
—Sí, señor.
—¿Qué hora es?
—Las seis.
—¿Ha venido alguno á buscarme? ¿Qué tal está la tarde?
—No, señor, no ha venido nadie, y en cuanto la tarde como quiere Vd. que esté, despues del calor que ha hecho? Todo el dia algo de viento, pero muy caliente.
—Bien, abre esas ventanas; no mas siesta por hoy.
Concluido este diálogo, y poseido del mal humor que generalmente se tiene cuando se levanta uno de dormir, me tendi en mi poltrona, alargué la mano sobre una mesa cubierta de periódicos y cuadernos de varias obras, y tomé casualmente en ella el Boletín del Instituto, fijé vista en su primera página, y me encontré

con dos novedades; la primera, que habia desaparecido de ella el lema de la sociedad: sin duda su *sabio* director ha comprendido que si la Ilustración y Beneficencia han encontrado alguna vez mezquino hospedaje en la Trinidad, ahora el *sabio* inspector del local las ha echado á la calle, tal vez para establecer en su lugar la escuela gimnástica: la segunda, el estado de ingresos y salidas del mes; siguiendo hojeando, me encontré con la continuacion de una antigua novela francesa, impresa con letras de cartel; Dios me conserve la vida hasta el dia de su conclusion! la penúltima página estaba ocupada con la lista de los socios, y la última, despues de unos cuantos parrasitos destinados á decirnos á qué alumnos del colegio habia *tocado* ser premiados, concluía del modo siguiente: «esta noche no hay funcion.» Tiré lejos de mí tan insustancial papel útil solo para aumentar la fama del *sabio* director, la de la sociedad cuyo nombre lleva, y para envolver medio queso de bola ó una libra de pimenton: y no teniendo gana de leer empecé á hojejar algunas entregas de los *Españoles Pintados* por sí mismos, de *Los trabajos y miserias de la vida*, del *Rienzi*, y de otras obras ilustradas cuyos grabados, impresion y papel, en nada desmerecen al lado de las primeras publicaciones del extranjero; admirábame del adelanto maravilloso que la imprenta ha hecho entre nosotros, en pocos años, cuando sonó la campanilla; un momento despues tenia en presencia mia, á mi primo Policarpo, llegado poco há de la provincia de Santander.

—¿Qué haces ahí siempre engolfado en libros y papeles? Vamos á dar una vuelta.

—Pero hombre, le dije, ¿adónde quieres que vayamos con un calor de 36 grados?

—Yo te lo diré: vamos al *Retiro*, que es uno de los paseos que aun no he visto y en el que nadie mejor que tú, como hijo de Madrid, puede servirme de *Cicerón*.

¿Qué habia de hacer? tenia que complacerle por mediar relaciones de familia y de amistad; por otro lado ninguna utilidad me resultaba de negarme, porque de todos modos perdía la tarde, contestando á sus preguntas y arreglando lo que él moviera; conforméme, puse mi *jaique* y sombrero, tomé la caña y emprendimos nuestro paseo; en el camino, íbase diciendo á Policarpo, que el sitio del *Buen-Retiro*, fue fundado en la galante época de Felipe IV, y bajo la direccion del conde Duque de Olivares; como ya sabes, la corte del Buen-Retiro, fue en aquel tiempo, el punto de reunion de todo lo mas notable de la nacion y muchas importantes personas de Portugal, Italia y Flandes; sus magníficas funciones, su teatro, sus palacios, en cuyos encantadores salones brillaban los talentos de Quevedo, Calderon, Lope de Vega y Velazquez, con otros célebres pintores, contribuyó á ganarle la fama, que hasta nosotros ha llegado, de sus máscaras, sus certámenes y sus brillantes representaciones; la parte reservada, que está á la izquierda de la posesion, contiene muchos y lindos jardines con varias cosas notables, como son el salon Asiático, la montaña artificial, la casa del pobre, la del pescador y otras curiosidades que no podemos ver por hoy; entretenidos en esta conversacion, habiamos dejado ya atrás el estanque chinés y el grande, en el que muchos niños se entretenian tirando pan á los patos y haciendo mil preguntas á sus papás; mi primo habia admirado la hermosura del paseo, la abundancia de agua del estanque, y el buen gusto de las cuatro norias recientemente concluidas. Llegamos á la casa de fieras, punto de reunion de soldados y criadas, de forasteros y chiquillos, de todos los admiradores en fin de la gentileza del tigre y de la gravedad del leon, de la piel de la cebra y de los gestos del papion.
Oscurecióse mi primo entre los espectadores y durante su admiracion por la especie cua-

drúpeda, dos bipedos le limpiaron con la mayor suavidad el pañuelo, la petaca y los anteojos, todo lo cual hasta poco despues no echó de menos.

Escuchemos à este hombre que habla sin cesar, que quiere cautivar la atención de los curiosos y darse aire de sabio ó de hombre que ha viajado mucho, que separa à todo el mundo para acercarse mas à los animales.

— Oh!... un leon! dice él: yo los he visto bien de veces! dicen que los leones son fieros; miedo no mas!... Yo habia domesticado dos en Africa y queria hacerlos tirar de mi carruaje, pero se opuso la autoridad, temiendo los resultados.

Todo el mundo se mueve y se dispone à escuchar; los papanatas abren cuanto pueden los ojos, para ver al señor que queria tener leones en su carruaje. El caballero satisfecho del papel que está haciendo, dice con voz mas fuerte aun:

— Ah, hé aqui un tigre... pobre tigre! tiene praza de enfermo... cuando se les sabe tratar, se juega con este animal como con un gato: si quisieran abrir la jaula, entraria al instante y se echaria à mis pies.

Pues ahí está un guarda, dice un soldado que cree que este señor quiere entrar efectivamente en la jaula. Pero el charlatan se ha eclipsado sin saber cómo.

Vamos adelante, aqui hay gentes viendo cómo los osos se lamen las palmas de las maons; mas allá los chicos echan pan à la cebra; pero quién habrá en aquel ángulo en que tanta gente se agolpa, y la cual no esa de reir? Esta pregunta me dirigia mi primo despues de haberse enterado minuciosamente de una porción de vi-chos: acercámonos allá y vimos que hombres, mugeres, niños, ancianos, todos admiraban y reían de los brinco, extraordinarios gestos y extravagantes contorsiones de los monos.

Aturdidos Policarpo y yo con tanta bulla, tomamos el camino que conduce al sitio en que estaba la magnífica fábrica de la China, que competia con la mejor estrangera de su clase, y hé aqui la razon, le decia yo à mi primo, porqué los ingleses la quemaron en 1812, habiendo destruido todos los jardines que la rodeaban; esta es la parte del Retiro en que se puede disfrutar de mas soledad; este el mejor sitio para hablar con libertad; vuelve la cabeza à la otra parte y observa el ruido desagradable que forman los chillidos de los chiquillos, el murmullo de la gente y à lo lejos el toque de las campanas y el rodar de los coches. (Concluirá.)

ABUL-HACEM.

III.

EL DUELO.

Eleonora tardó algun tiempo en volver de su desmayo, y cuando abrió los ojos se encontró acostada en un rico lecho, acompañada de las dos esclavas que le prodigaban esencias y espíritus. Parecía que acababa de salir de un sueño profundo, y equivocaba la realidad con las dulces lusiones de su imaginación. Habia visto à Alfonso, à su adorado bien, pero mirábale cual un ser misterioso que huía de sus brazos cuando los tendia hacia él: vagos recuerdos presentaban à su mente la imágen de un adivino que leía en el libro del porvenir su suerte desgraciada, y el nom-

bre de Abul-Hacem, mezclándose à todo esto, producía en su corazon una penosa incertidumbre.

No presenció las arriesgadas suertes de los caballeros moros, ni los variados lances de la famosa corrida que en su obsequio se habia celebrado.

Hacíanse entretanto en Sangüesa imponentes aprestos para embestir à Lumbier. Don Rodrigo de Mendoza recorria las filas de sus soldados, armado de punta en blanco, y juraba no dejar piedra sobre piedra en la villa enemiga, cuando llegó al castillo uno de sus exploradores. Conducido à la presencia del irritado Señor, supo éste que Abdallà entretenido en juegos y festines vivia descuidado; que los moros celebraban con estremado júbilo el atrevido arrojó de Abul-Hacem, quien se proponia desposarse al dia siguiente con la bella Eleonora, y que ésta lloraba en el palacio de Lumbier su malandante aventura.

Llegó al último extremo el enojo del caballero de Mendoza con tales nuevas; y no queriendo dilatar por mas tiempo la libertad de su hija y la venganza sangrienta que pensaba tomar de sus contrarios, dió la órden de partir aquella misma noche.

Las once de ella poco mas ó menos serian, cuando un caballero armado de todas armas, se detuvo delante de otro que habia rato le esperaba a corta distancia de Lumbier. Echaron ambos p à tierra sin hablarse, y abandonaron sus corceles à la ventura. A pocos pasos reparó el recién llegado en dos mugeres, una de ellas cuidadosamente encubierta con largo velo, y se acercó à examinarlas.

—Es Eleonora, dijo el otro guerrero

—Moro, replicó el primero, puntual has sido, mas tampoco he tardado; no es la media noche.

—Para el que anhela desbacerse de un rival, corre el tiempo con harta lentitud. Defiendete.

—Espera; estoy harto familiarizado con los engaños de los tuyos para dejarme alucinar. Quiero satisfacerme de que una de esas damas es Eleonora de Mendoza.

—¿Sabes nazareno que mi nombre es Abul-Hacem?

—Basta, te creo. ¿Y la otra?

—Zomira, una de mis esclavas.

—Pues entonces, la victoria sea conmigo, y Dios y mi dama me amparen.

Apenas pronunció estas palabras, desnudó el acero y esperó tranquilo à su rival; poco tuvo que aguardar. El valiente sarraceno se arrojó à él, la cimitarra en alto, y dió principio entre ambos un encarnizado combate, mientras la hija de Rodrigo, mostrándose digna de la noble estirpe de que descendia, ni una lágrima derramaba, ni exhalaba un suspiro. Orgullosa en media de su dolor, esperaba con serenidad el éxito de la pelea, sin dudar de que la victoria coronaria los esfuerzos de su campeon por quien dirigia al cielo ardientes votos, pues si bien la fama pregona-ba à Abul-Hacem por el mas animoso de los caudillos moros, la espada de Alfonso, nunca vencida, era el terror de sus armas y la esperanza de los adalides navarros.

Descargábanse sin cesar los rivales sendos tajos y reveses, aprovechando para sus acometidas el escaso resplandor de la luna que de cuando en cuando aparecía como hu endo de entre negras nubes. La sangre empezaba à teñir sus armaduras, y el ardor del combate les comu-

nificaba nuevo aliento. Era preciso segun el convenio, que uno de los dos dejase de existir, era preciso que Eleonora fuese el premio del afortunado vencedor, Eleonora misma habia dado su asentimiento, cuando Abul-Hacem la informó del pacto que con Alfonso hiciera, y el deseo de poseerla, unido al de la gloria, que es el alimento de los héroes, los impulsaba à redoblar los golpes con desesperada furia.

De repente se detiene el guerrero cristiano y dice à su enemigo.

—Tardamos mucho, sarraceno: vendrá él dia y nos encontrará combatiendo: desarmémonos el lado izquierdo...

No pro-iguí, porque la cimitarra del moro que no oyó sus primeras palabras, bajo sobre el desventurado, hendiéndole el casco y la cabeza. Cayo moribundo, y el eco de los bosques repitió el ruido de su armadura: Eleonora se precipitó sobre él.

—¿No alientas, pues, generoso amante y caballero mio? exclamó con voz dolorida. ¿Y así me dejaste sin esperanza ni amparo? En hora menudada vieron mis ojos la primera luz; en mas infau-sta te dí mi corazon, si nuestro amor habia de llegar à tan infelice término. Moro, prosiguió dirigiéndose à Abul-Hacem, tuya soy por el derecho que te da la victoria... aqui está mi mano, peso respeta mi dolor. Acuérdate que me llamo Eleonora de Mendoza, y que una Mendoza no puede amar dos veces.

—Marchemos, respondió el vencedor: cuando el sol dore el Oriente, mis soldados llevarán el cuerpo de mi valiente enemigo à la mezquita de Lumbier con fúnebre pompa.

Dicho esto dió un silbido, que oido por su caballo partió à la carrera hasta llegar al sitio de la catástrofe. Subieron en él Eleonora y la esclava, y Abul-Hacem volvió junto el caido Alfonso dici-endo à la primera: «Cuidaré de él hasta el día, pues era digno de tu amor y de mi amistad.»

El caballo desapareció como un relámpago en la direccion de Lumbier. (Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Segun las esplicaciones que hemos oido de boca del señor don José de Moya, director de la Union Comercial durante la ausencia del señor Lavergne, parece que no ha tenido parte alguna en el exámen de las novelas que ha publicado dicho establecimiento. Esta noticia no destruye lo que se dijo en el artículo que hace dias publicó la Revista, y debemos creer que si no el señor Moya, otro habrá examinado las tales novelas, ó tal vez nadie, que es lo probable.

Hemos leído en el prospecto de la interesante obra que escribió en francés Mr. Sismonde de Sismondi y que han traducido los señores Serrano y Picon Garcia, bachilleres en derecho, con el título de Estudios sobre las Constituciones de los pueblos libres. Como dice dicho prospecto el título de la obra y el nombre de su autor hacen su mayor elogio: nosotros, aunque profanos à la política, nos ocuparemos de ella oportunamente hasta el punto que nos sea lícito, limitándonos por hoy à recomendarla eficazmente à nuestros lectores, como la mejor de cuantas conocemos en política, y como un modelo de elocuencia. Aunque no hemos visto la traduccion estamos informados de que es sumamente esmerada.

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho y media de la noche. Sinfonia nueva à toda orquesta. Se dará otra representacion de

LA OPERA Y EL SERMON.

Comedia en dos actos, y en la que el primer actor don Juan Lombía desempeñará el principal papel.

A continuacion tendrá el honor de presentarse el profesor don Pedro Villetti, que tocará unas variaciones de flauta de don Hilario Villó.

Baile nacional.

Terminando el espectáculo con la muy

graciosa pieza en un acto, y en verso, titulada:

UN LADRON MENOS.

PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche. 1.º Sinfonia à completa orquesta 2.º se pondrá en escena la comedia nueva en tres actos traducida del francés titulada

CAER EN EL CARLITO.

PERSONAJES.

ACTORES.

Luisa. Sras. Lamadrid.

Baronesa. Corenora.
Adelsida. Valero.
Susana. Parro.
Marques. Sres. Romea. (D. J.)
Baron. Sobrado.
G. briac. Garcia.
Oficial. Fern. (D. J.)

3.º Gran sinfonia de Guillermo Tell.
4.º Pas de-déux 5.º Gran sinfonia de la Muta di Portici. 6.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete. Además de las sinfonias anunciadas tocará la orquesta otras piezas escogidas.

CIRCO.

A las ocho de la noche.

EL BARBERO DE SEVILLA.

Hallándose de paso en esta capital la señora doña Matilde Victoria Catalani di Angelo, y deseosa la Empresa de que el público que tanto la favorece pueda conocer y apreciar el mérito de esta señora, recomendada por varios periodicos de la corte; ha dispuesto que en el intermedio de la funcion de hoy, canto la señora Catalani, con decoracion, trages y acompañamiento de coros, el aria de salida de Romeo en la ópera

I CAPULETI ED I MONTECHI.

IMPRENTA DE BOIX.